

El solidarismo en el siglo XXI

Alejandro Landero G.



Nuevas realidades, nuevos desafíos

Cuando Acción Nacional proclamó la tesis del solidarismo hacia finales de los años sesenta, el mundo vivía con intensidad un debate político y cultural sin precedentes. La arena internacional estaba dividida en dos grandes bloques. Capitalismo y marxismo se confrontaban en la “guerra fría”, teniendo como substrato al individualismo y al colectivismo.

Acción Nacional denunció enérgicamente los límites de ambos sistemas ideológicos y construyó para México una tercera vía que reconocía la singularidad humana, que negaba el colectivismo y, a la vez, afirmó la dimensión social de la persona que desconocía el individualismo.

Han pasado ya casi 40 años de la publicación del histórico documento “Cambio Democrático de Estructuras”, elaborado por

don Efraín González Morfín y Adolfo Christlieb, y aprobado por la XX Convención Nacional del PAN en 1969. En el texto se plasmó la tesis del solidarismo¹ y se le definió como “participación responsable de la persona en la convivencia”,² rechazando tanto “la irresponsabilidad individualista de quienes se eximen de toda obligación para con la sociedad en que viven, [...] como la absorción totalitaria de la persona por los regímenes colectivistas”.

Aunque culturalmente estamos inmersos en una posmodernidad que cuestiona el alcance de la razón y critica los sistemas ideológicos,

¹ Efraín González Morfín abrevó de los grandes teóricos alemanes de la doctrina social cristiana la tesis del solidarismo. Pensadores como Johannes Messner, Heinrich Pesch y Nell-Breuning definieron el concepto con gran agudeza. Cfr. Messner Johannes, *La Cuestión Social*, Rialp, Madrid, 1976, págs. 371 a 376

² Madero Quiroga, Adalberto (comp.), *Ensayos de Acción Nacional*, Tomo III, Grupo Parlamentario del PAN en el Senado de la República, LVIII y LIX Legislatura, México, 2004, pp. 13 y 14 del documento “Cambio Democrático de Estructuras”.

se revelan frente a nosotros “nuevas” filosofías sociales que reinventan los errores del individualismo y del colectivismo.

Hoy el individualismo se hace presente en oligarquías que reeditan su indiferencia frente a los más desfavorecidos; en modelos económicos que generan beneficios sólo para unos cuantos. Se constata también en la violencia y en el crimen organizado; en la destrucción del medio ambiente y en la incapacidad para fortalecer comunidades como la familia, que dan sentido y significado a la vida de las personas. El individualismo también hoy lleva como nombre la apatía y el conformismo derrotista que ya no espera nada del ser humano y del futuro.

El solidarismo significa comunidad que supera el aislamiento y la atomización social que se presentan en la hipóstasis de un «yo» desvinculado de toda realidad que lo trasciende. Hoy se considera que la autonomía es el destino final de la libertad, cuando en realidad, desde la perspectiva humanista, la autonomía es la base, el punto de donde parte la libertad en busca de otras libertades que se entrelazan formando nuevas realidades de compromiso y generosidad que integran y hacen más plena la vida humana. En esta época hay muchas antropologías filosóficas que sostienen que el ser humano es un ser para sí y no un ser para los demás, como afirma el solidarismo. Estas antropologías en algunas ocasiones se llegan a expresar social

El solidarismo es la expresión ética de comunidades que se fortalecen creando vínculos valiosos, nexos que logran desbordar hacia los demás, lo mejor que hay en el ser humano.

Mientras que el colectivismo aparece hoy en nuevos extremismos religiosos que vulneran los valores más básicos de la civilización humana, es patente en tesis ideológicas que desconocen los derechos humanos, y en movimientos políticos de corte populista que manipulan las necesidades humanas. El colectivismo también se hace presente en una sociedad de consumo que presiona a las personas a acumular y a comportarse según el guión establecido de la moda y de lo “socialmente correcto”.

Qué significa el solidarismo

Para dar respuesta a estos nuevos desafíos es necesario repensar el solidarismo y sus dimensiones. No pretendo ser exhaustivo, pero sí señalar algunas de las características más definitorias de este concepto.

y políticamente como “ideologías de la desvinculación”,³ cuyo afán es denostar todo vínculo religioso, moral o familiar que trata de establecer el ser humano como respuesta a las grandes preguntas y desafíos de su vida.

El solidarismo significa encuentro y reconocimiento que interpela al yo solitario. Encuentro que se realiza cuando la persona reconoce en el prójimo a “otro yo” y, por lo tanto, se ve reflejado en él constatando una dignidad compartida que es la raíz de los derechos humanos. El sujeto que se nos presenta frente a nosotros deja de ser una realidad indiferente, porque el “yo” se redescubre a sí mismo en el “tú”. De esta forma se hace plausible la fórmula de Kant “actúa de modo que consideres a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de todos los demás, siempre

³ El término “ideologías de la desvinculación” es utilizado por Josep Miró, sociólogo catalán.



como un fin y nunca como simple medio". En nuestro tiempo hay muchas ideologías y comportamientos que buscan reducir a la persona a un simple objeto: la pornografía infantil, la trata de personas y el aborto provocado, son nuevas formas de instrumentalización donde los más poderosos vuelven a ejercer su fuerza frente a los más débiles.

El solidarismo significa libertad ética como liberación de las potencialidades humanas. Libertad porque la justicia social nunca será posible desde la violencia que reedita la teoría de lucha de clases. Libertad porque no es la ideología la que impone la historia, sino que es la realidad humana la que debe inspirar la realización social a través del tiempo. Libertad porque es sólo desde la voluntad conciente del ser humano como se realiza el verdadero cambio. Y es libertad ética, porque es una libertad

que se afirma en la verdad del ser humano, una libertad de realización, que expande las potencialidades humanas, una libertad solidaria que comparte lo mejor de sí para enfrentar los desafíos que se le presentan a la comunidad.

El solidarismo es superación constructiva del conflicto en aras del bien común. El solidarismo reconoce el papel del conflicto como expresión de la pluralidad, y concibe la oposición como muestra enriquecedora de las distintas partes que conforman la Nación. Conflicto y oposición que, a través del debate y del diálogo, son capaces de encontrar puentes de vinculación. No es el fin la lucha estéril cuyo instrumento es la violencia y cuyo móvil es el odio, sino la pluralidad que germina en nuevas iniciativas de solución, convirtiendo las palabras de discusión en piedras de construcción. En el solidarismo ello es posible porque hay un

bien superior que se persigue. Un bien que es capaz de unir a los diferentes. Un bien que hace posible superar el interés particular.

El solidarismo es capacidad organizativa que articula las fuerzas positivas de la sociedad. Es la escuela ciudadana que da cauce permanente a las iniciativas que fortalecen y perfeccionan el tejido social. No es capricho personal ni aventura banal, es propósito resuelto para la consecución del objetivo trazado. El solidarismo no es acción desvinculada ni pasajera motivación. Es responsabilidad de *hacer bien el bien*, para actuar con ética, pero también con eficacia, sumando a todo aquél que puede colaborar, sin excluir por antipatías voluntades bien intencionadas. El solidarismo implica participación como movimiento difusivo, centrífugo, que no colma sus aspiraciones en el caudillo, sino que realiza su misión en la emergencia de una nueva ciudadanía.

El solidarismo es esperanza que no se doblega frente a la adversidad, porque en él subyace siempre una aspiración al cambio. Es acción transformadora de la realidad doliente. El solidarismo no es tibio ni pusilánime. No es conservador, ni defensor del *status quo*. No es iluso, pero tampoco conformista. No desconoce la debilidad humana, pero reconoce la capacidad de creación y de donación de la persona. Tiene un impulso reformador, pero no es *destructor*. Parte de la realidad y retoma los avances alcanzados. No desconoce el aporte del pasado, pero vislumbra el trabajo que hay que hacer para un mejor futuro. No pierde tiempo, acelera el paso, pero entiende la gradualidad de los procesos transformadores. Cuando la realidad es demasiado desoladora no claudica, porque sabe que no puede abandonar a las personas que están sufriendo. No se frustra porque, desde una perspectiva trascendente, entiende que su labor siempre será limitada, y hay alguien que en su infinita misericordia acompañará siempre al ser humano.

El solidarismo y la transformación social

Frente al individualismo y el colectivismo,

expresados de distintas formas en el populismo rupturista, en el liberalismo escéptico y en la socialdemocracia pesimista, el solidarismo se alza como pensamiento y propuesta esperanzadora para el siglo XXI.

Nos corresponde a los humanistas recrear un solidarismo capaz de lograr síntesis de libertad, igualdad y fraternidad, sin tener que renunciar a uno de estos principios en aras de ensalzar a otro. El solidarismo no cancela la libertad por la igualdad, ni la igualdad por la libertad. Tampoco desconoce el valor de la fraternidad como elemento indispensable de cohesión social; cohesión que no sólo se da por la vía de las leyes y las normas, sino de valores superiores que identifican a la sociedad en propósitos humanos comunes.

Hoy requerimos proponer con claridad un solidarismo que supere la dialéctica Estado-mercado, introduciendo con determinación el tercer elemento olvidado: la comunidad. Porque un Estado siempre será débil si no cuenta con una ciudadanía vigorosa, comprometida en la realización social. Tampoco el mercado es pujante sin un talento humano innovador y competitivo. El solidarismo es la expresión ética de comunidades que se fortalecen creando vínculos valiosos, nexos que logran desbordar hacia los demás, lo mejor que hay en el ser humano. La familia, las iglesias, las universidades, las organizaciones de la sociedad civil y otros tantos cuerpos intermedios logran articular un riquísimo capital social, que genera bienes como la educación, la formación humana, la participación y la cohesión social.

Acción Nacional tiene hoy el gran desafío de lograr traducir este pensamiento en iniciativas de ley y políticas públicas que superen las visiones parciales y las falsas disyuntivas. Y también tiene el gran reto de lograr comunicar estos valores al pueblo de México, no sólo para consolidar una mayoría más amplia y más representativa, sino para inspirar en nuestros ciudadanos una forma de ser y de vivir que derrote a las ideologías individualistas, pragmáticas y que venza pacíficamente a los movimientos colectivistas promotores del odio y la violencia. **B**